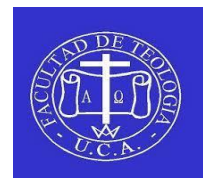




# SIMPOSIO INTERNACIONAL DE CATEQUETICA



Simposio Internacional de Catequética  
10 al 14 de julio de 2017

La misericordia y el Papa Francisco

«Rey de los santos,  
Logos Soberano,  
del Padre altísimo  
Príncipe de la sabiduría.

Pastor, labrador,  
timón, brida,  
ala celestial  
del santo rebaño.

A tu rebaño espiritual,  
Pastor santo, guía,  
oh Rey de los niños puros,  
que siguen las huellas de Cristo,  
camino celeste,  
Logos inagotable,  
tiempo sin fin, luz eterna  
fuente de misericordia,  
agente de virtud  
para la vida santa»<sup>1</sup>.

## Ecoss de la misericordia en dos Santos Padres del siglo II

Para Clemente de Alejandría, el gran Padre de la Iglesia del siglo II, Jesús es el Pedagogo divino que nos guía como a niños y nos conduce a la salvación; es el mismo Logos que se nos ha manifestado como fuente de la misericordia divina. También en el siglo II, San Ireneo de Lyon nos dejó esta enseñanza catequística: «Dios Padre, por su inmensa misericordia, envió a su Verbo creador, el cual, venido para salvarnos, estuvo en los mismos lugares, en la misma situación y en los mismos ambientes donde nosotros hemos perdido la vida»<sup>2</sup>. Y para Ireneo, comentando el conocido texto de Isafás 11,1-10, la

<sup>1</sup> San Clemente de Alejandría, *Himno a Cristo Salvador del Santo Clemente*, en *El Pedagogo*, Editorial Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 5, 1994, 665-669.

<sup>2</sup> San Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica*, en Editorial Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 5, 1992, [La Catequesis Apostólica], 138.

suprema justicia divina que es imparcial y no hace acepción de personas y «no se deja influir por nadie y solo compadece al justo» está precedida por otro atributo: «el hacer misericordia es propio y peculiar de aquel Dios que puede salvar en virtud de su misericordia»<sup>3</sup>. Con estos dos breves aportes de la Patrística he querido poner de relieve lo temprano que ha comenzado la valoración sobre la misericordia en la catequesis y en la teología.

Después de haber celebrado durante un Año Jubilar el don de la misericordia divina, con tantos frutos espirituales y pastorales, el Papa Francisco lo clausuró con un gesto y palabras. Cerró solemnemente la Puerta Santa: un signo que se hizo presente en todas las iglesias particulares del mundo, para recordar vivamente la promesa del Señor en el Evangelio de San Juan: «Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento» (*Jn* 10,9). La homilía de la Misa de clausura y la Carta Apostólica *Misericordia et misera* coronaron un extenso y rico magisterio que comenzó con la Bula *Misericordiae vultus*, y continuó con catequesis, discursos y enseñanzas en las visitas pastorales que se dieron en ese tiempo. Considero que no está de más recordar que la palabra *misericordia*, del latín, conserva el significado originario de las dos voces que la componen: tener el corazón (*cors*) con y para los pobres (*miseri*)<sup>4</sup>.

### **Francisco, discípulo de la misericordia**

Antes de abordar la enseñanza del Papa, deseo hacer notar su capacidad de escucha, como discípulo atento, dispuesto a abrir su corazón al Espíritu.

El primer testimonio lo tomo del extenso discurso del Cardenal Walter Kasper, titulado el «Evangelio de la Familia»<sup>5</sup>. Se dio en el contexto de una reunión extraordinaria con el colegio cardenalicio en febrero de 2014. Durante tres horas, Francisco, junto a los cardenales presentes, escuchó atentamente la relación del conocido teólogo. Entre otras afirmaciones espigo algunas que se ordenan a nuestro tema: «La buena noticia de Jesús es que, gracias a la misericordia de Dios, para quien se convierte es posible el perdón, la curación y un nuevo comienzo»<sup>6</sup>; «También nosotros como pastores siempre en camino y que con bastante frecuencia nos equivocamos, tenemos que comenzar de nuevo, y –gracias a la misericordia de Dios, que no tiene fin– podemos comenzar una y otra vez»<sup>7</sup>; «La misericordia de Dios en última instancia, es la fidelidad de Dios a sí mismo y a su caridad. Dado que Dios es fiel, es también misericordioso y en su misericordia, también es fiel, aunque nosotros le seamos infieles (*2 Tm* 2,13)»<sup>8</sup>. Es difícil saber qué causalidad tienen estas afirmaciones en el magisterio del Santo Padre, pero sí creo que su percepción y visión de la realidad estuvieron en la misma línea de lo que Kasper afirmó con toda vehemencia: «La verdad está vinculada a la misericordia. La misericordia es el principio hermenéutico para interpretar la verdad. Esto significa que la verdad se realiza en la caridad (“viviendo

<sup>3</sup> *Ídem*, [La Demostración profética], 176-177.

<sup>4</sup> Walter KASPER, *La misericordia*, Santander, Sal Terrae, 2012, 21.29.

<sup>5</sup> Con agregados después del diálogo que suscitó la conferencia, fue publicado con el mismo título: *El Evangelio de la Familia*, Bogotá, San Pablo, 2014.

<sup>6</sup> Walter KASPER, *El Evangelio de la Familia*, Bogotá, San Pablo, 2014, 25.

<sup>7</sup> *Ídem*, 59.

<sup>8</sup> *Ídem*, 36.

en la verdad y en el amor, crezcamos plenamente unidos a Cristo” *Ef 4,15*)»<sup>9</sup>. El teólogo dejó abiertos caminos de misericordia sobre situaciones humanas que hasta el momento parecían cerrados. El Papa elogió sus reflexiones y valoró una teología de rodillas.

Un segundo testimonio lo recojo de su presencia en el Sínodo de la Familia, en su segunda etapa –octubre de 2015–. Durante tres semanas, en arduas jornadas, con una verdadera actitud de escucha sinodal, el Papa presidió las asambleas generales con atención, interviniendo en dos oportunidades con breves alocuciones que sirvieron para corregir y afirmar el rumbo del Sínodo. Parecía no perder palabra de los que interveníamos. Su discurso en la clausura del Sínodo puso de relieve la centralidad de la misericordia en los trabajos realizados: «Sin caer nunca en el peligro del *relativismo* o de *demonizar* a los otros, hemos tratado de abrazar plena y valientemente la bondad y la misericordia de Dios, que sobrepasa nuestros cálculos humanos y que no quiere más que “todos los hombres se salven” (*1 Tm 2,4*), para introducir y vivir este Sínodo en el contexto del Año Extraordinario de la Misericordia que la Iglesia está llamada a vivir»<sup>10</sup>.

### **Francisco retoma el camino de la misericordia**

En la Bula de convocación al Jubileo, el Papa nos pone de frente al misterio que hay que contemplar: «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado»<sup>11</sup>. Para afirmarse en este itinerario, el Papa Francisco retoma el célebre discurso de San Juan XXIII al inaugurar el Concilio: «En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad. [...] La Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella»<sup>12</sup>. Con la expresión «medicina de la misericordia», el Papa Bueno, como lo llamó el pueblo de Dios, no solo dio una clara orientación a las reflexiones de los grandes temas tratados en el Concilio, sino que marcó el sendero para una renovada praxis pastoral de la Iglesia de nuestro tiempo<sup>13</sup>.

Para retomar el rico magisterio pontificio de la misericordia, el Papa Francisco asume las enseñanzas de sus antecesores. En primer lugar hace memoria del beato Pablo VI, quien fuera testigo apasionado del Concilio, y a quien cita en su discurso de clausura: «Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la

---

<sup>9</sup> *Ídem*, 54.

<sup>10</sup> Discurso del Santo Padre Francisco en la clausura de los trabajos de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, sábado 24 de octubre de 2015.

<sup>11</sup> *Misericordiae Vultus*, 2.

<sup>12</sup> *Ídem*, 4.

<sup>13</sup> Véase Walter KASPER, *La misericordia*, Santander, Sal Terrae, 2012, 16.

caridad»<sup>14</sup>. Finalmente, en ese recorrido, repara en las enseñanzas de quien –por sobradas razones–, se lo invoca como apóstol de la misericordia, es decir, San Juan Pablo II: «El misterio de Cristo [...] me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. [...] La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia –el atributo más estupendo del Creador y del Redentor– y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora»<sup>15</sup>.

Como un peregrino que desea continuar el camino emprendido, Francisco concluye: «En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre»<sup>16</sup>.

Después de fijar el lema del Año Santo, *Misericordiosos como el Padre*, inspirado en el texto de Lucas 6,36, prosigue una abundante descripción de la misericordia a la luz de la sabiduría de los Salmos, también con imágenes, metáforas y originales enseñanzas del amor misericordioso del Padre Dios revelado en el rostro de Jesucristo. Comienza expresando una intención: «¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros»<sup>17</sup>. Partiendo de la premisa que «la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor»<sup>18</sup>, lo compara con el amor «de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón»<sup>19</sup>. Nosotros somos los destinatarios de ese sentimiento divino: «La misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros»<sup>20</sup>; «La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia»<sup>21</sup>.

Y como era de esperar en el mensaje de Francisco, nos propone bajar la misericordia a las manos: «Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las *obras de misericordia corporales y espirituales*. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más

---

<sup>14</sup> Alocución en la última sesión pública, 7 de diciembre de 1965. El mismo Pablo VI en su magnífica Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* n.º 27, enseña: «La evangelización también debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios».

<sup>15</sup> Carta Encíclica *Dives in Misericordia*, 15.

<sup>16</sup> *Misericordiae Vultus*, 12.

<sup>17</sup> *Ídem*, 5.

<sup>18</sup> *Ídem*, 6.

<sup>19</sup> *Ídem*.

<sup>20</sup> *Ídem*, 9.

<sup>21</sup> *Ídem*, 10.

en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina»<sup>22</sup>. Finalmente nos enseña que no hay caudal que pueda contenerla porque su origen está en «el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia».

La homilías durante el Año Jubilar se convirtieron, por su sencillez y pedagogía, en verdaderas parábolas de la misericordia en este camino. A modo de ejemplo les ofrezco un breve tramo de una de ellas comentando el texto de Juan 10: «¡Conocer la voz de Jesús! No piensen que les estoy hablando de una aparición, que vendrá Jesús y te dirá: “Haz esto”. ¡No, no! Y entonces alguno podría preguntar: Padre, ¿cómo puedo conocer la voz de Jesús? Y, también, ¿cómo defenderme de la voz de aquellos que no son Jesús, que entran por la ventana, que son salteadores, que destruyen, que engañan? Una vez más la “receta” es “sencilla” y prevé tres indicaciones. Ante todo encontrarás la voz de Jesús en las “Bienaventuranzas”. Por ello, si alguien enseña una senda contraria a las bienaventuranzas, es alguien que ha entrado por la ventana: ¡no es Jesús! También, la voz de Jesús se puede reconocer en quien nos habla de las obras de misericordia. Por ejemplo en el capítulo 25 de san Mateo. Así, pues, si alguien te recuerda lo que Jesús dice allí, es la voz de Jesús. Por último, la tercera indicación: Puedes conocer la voz de Jesús cuando te enseña a decir “Padre”, es decir, cuando te enseña a rezar el Padrenuestro. ¡Es así fácil la vida cristiana! Jesús es la puerta; él nos guía por el camino y nosotros conocemos su voz en las bienaventuranzas, en las obras de misericordia y cuando nos enseña a decir “Padre”. Que el Señor nos haga comprender esta imagen de Jesús, este icono: el pastor, que es puerta, indica el camino y nos enseña a escuchar su voz»<sup>23</sup>.

### **La familia bajo la mirada de la misericordia**

En la misma Exhortación Apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, que fue concebida como fruto maduro del Sínodo de la Familia, la misericordia fue la clave de interpretación para comprender su lugar y misión en la vida de la Iglesia y el mundo. Así lo entendía el Papa Francisco: «Esta Exhortación adquiere un sentido especial en el contexto de este Año Jubilar de la Misericordia. En primer lugar, porque la entiendo como una propuesta para las familias cristianas, que las estimule a valorar los dones del matrimonio y de la familia, y a sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo»<sup>24</sup>. Esa mirada misericordiosa de la realidad le permitió iluminar uno de los desafíos más serios que asumió el Sínodo como lo fue la situación de los separados en nueva unión: «Los Padres sinodales han expresado que, aunque la Iglesia entiende que toda ruptura del vínculo matrimonial “va contra la voluntad de Dios, también es consciente de la fragilidad de muchos de sus hijos”. Iluminada por la mirada de Jesucristo, “mira con amor a quienes participan en su vida de modo incompleto, reconociendo que la gracia de Dios también obra en sus vidas, dándoles la valentía para

---

<sup>22</sup> *Ídem*, 15.

<sup>23</sup> Misa en Santa Marta, lunes 18 de abril de 2016.

<sup>24</sup> *Amoris Laetitia*, 5.

hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro y estar al servicio de la comunidad en la que viven y trabajan”. Por otra parte, esta actitud se ve fortalecida en el contexto de un Año Jubilar dedicado a la misericordia. Aunque siempre propone la perfección e invita a una respuesta más plena a Dios, “la Iglesia debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, dándoles de nuevo confianza y esperanza, como la luz del faro de un puerto o de una antorcha llevada en medio de la gente para iluminar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tempestad”. No olvidemos que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña»<sup>25</sup>.

Retoma así el camino que la Iglesia reconoce desde sus orígenes: «Dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: marginar y reintegrar [...] El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración [...] El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero [...] Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita». Entonces, «hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición»<sup>26</sup>. La enseñanza es clara: cuando la Iglesia es iluminada por la mirada misericordiosa de Jesucristo, aprende a ver las realidades humanas con ojos compasivos.

### **La Iglesia del Tercer milenio será misericordiosa y sinodal**

Todos percibimos que después del Jubileo, donde la gracia ha brotado como de una fuente permanente, es impensable que los abundantes dones recibidos en el río caudaloso de la misericordia, muy pronto se conviertan en un recuerdo del pasado. Para que eso no suceda vienen en nuestra ayuda el mensaje del Papa Francisco en la Misa de Clausura del Año Santo y su iluminadora palabra con la Carta Apostólica *Misericordia et misera*.

Al celebrar la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el Papa hizo una síntesis del Jubileo: «Este Año de la misericordia nos ha invitado a redescubrir el centro, a volver a lo esencial. Este tiempo de misericordia nos llama a mirar al verdadero rostro de nuestro Rey, el que resplandece en la Pascua, y a redescubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es acogedora, libre, fiel, pobre en los medios y rica en el amor, misionera. La misericordia, al llevarnos al corazón del Evangelio, nos exhorta también a que renunciemos a los hábitos y costumbres que pueden obstaculizar el servicio al reino de Dios, y aunque se cierra la Puerta santa, permanece siempre abierta de par en par para nosotros la verdadera puerta de la misericordia, que es el Corazón de Cristo. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza»<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> *Ídem*, 291.

<sup>26</sup> *Ídem*, 296.

<sup>27</sup> Santa Misa de Clausura del Jubileo de la Misericordia, domingo, 20 de noviembre de 2016.

El origen del título de la Carta Apostólica *Misericordia et misera* tiene una explícita referencia agustiniana. Me permito leer el texto del gran catequista San Agustín, comentando el pasaje de San Juan 8, 1-11, el que inspiró a Francisco:

«Le llevan los escribas y fariseos una mujer sorprendida en adulterio y la colocan en medio y le dicen: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio, y Moisés nos manda apedrear esta clase de mujeres; tú ¿qué dices? Decían esto para ponerlo a prueba, a fin de poder acusarlo». [...] Decían pues entre ellos: Se le cree amigo de la verdad y parece amable; hay que poner a prueba con sagacidad su justicia. Presentémosle una mujer sorprendida en adulterio y digámosle lo que acerca de ella la ley preceptúa. Si ordena que sea apedreada, dejará de ser amable; y si juzga que se la debe absolver, será transgresor de la justicia. Pero dicen ellos: Para no sacrificar su mansedumbre, por la que se ha hecho tan amable al pueblo, dirá indudablemente que debe ser absuelta. Esta será la ocasión de acusarle y hacerle reo como prevaricador de la ley. [...] ¿Qué respuesta dio, pues, el Señor Jesús? ¿Cuál fue la respuesta de la verdad? ¿Cuál fue la de la Sabiduría? ¿Cuál fue la de la Justicia misma, contra la que iba dirigida la calumnia? [...] Miren qué respuesta tan saturada de justicia y de verdad: “El que no tenga pecado que arroje la primera piedra”. [...] ¿Qué otra cosa quiere daros a entender cuando escribe con el dedo en la tierra? La ley fue escrita con el dedo de Dios, pero en piedra, por la dureza de los corazones. Ahora escribía el Señor en la tierra, porque quería sacar de ella algún fruto. [...] Mírese cada uno a sí mismo, entre en su interior y póngase en presencia del tribunal de su corazón y de su conciencia, y se verá obligado a hacer confesión. Pues sabe quién es: “No hay nadie que conozca la interioridad del hombre sino el espíritu del hombre, que existe en él”. Todo el que dirige su vista en él se ve pecador. [...] Es la justicia la que sentencia: Sufra el castigo la pecadora, pero no por pecadores; ejecútense la ley, pero por sus transgresores. Esta es en absoluto la sentencia de la justicia. Y ellos, herida por ella, como por un grueso dar, se miran a sí mismos y se ven reos y “todos se retiraron, uno tras otro, comenzando por los más ancianos”. Solo dos se quedan allí: la miserable y la misericordia (*Relicti sunt duo: misera et misericordia*)»<sup>28</sup>.

Después de señalar que «esta página del Evangelio puede ser asumida, con todo derecho, como imagen de lo que hemos celebrado en el Año Santo, un tiempo rico de misericordia, que pide ser siempre *celebrada y vivida*, en nuestras comunidades», exhortó a que «la misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio»<sup>29</sup>.

La Carta hace un llamado a las comunidades cristianas y confía en su fuerza misionera: «Nuestras comunidades continuarán con vitalidad y dinamismo la obra de la nueva evangelización en la medida en que la “conversión pastoral”, que estamos llamados a vivir, se plasme cada día, gracias a la fuerza renovadora de la misericordia. No limitemos su acción; no hagamos entristecer al Espíritu, que siempre indica nuevos senderos para recorrer y llevar a todos el Evangelio que salva»<sup>30</sup>. Y como la lógica de la misericordia es

---

<sup>28</sup> Tomamos el texto de Obras de San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan (1-35)*. Versión, introducción y notas de Teófilo Prieto O.S.A., BAC, Madrid, 1968, 668-671.

<sup>29</sup> Carta Apostólica *Misericordia et misera*, al concluir el Jubileo extraordinario de la misericordia, 1.

<sup>30</sup> *Ídem*, 5.

alcanzar a todo hijo y a toda hija de Dios, Francisco confía en «que nuestras comunidades se abran hasta alcanzar a todos los que viven en su territorio, para que llegue a todos, a través del testimonio de los creyentes, la caricia de Dios»<sup>31</sup>.

También la Carta nos anima a que trabajemos para instalar en nuestra sociedad una *cultura de la misericordia*, testimoniada por las obras de caridad y acompañada «con la oración asidua, con la dócil apertura a la acción del Espíritu Santo, la familiaridad con la vida de los santos y la cercanía concreta a los pobres»<sup>32</sup>.

Todos percibimos que con el Jubileo, tan intensamente vivido en la Iglesia universal –aunque por momentos en contraste con violentos acontecimientos mundiales–, se ha retomado con renovada esperanza el deseado *tiempo de la misericordia* «para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura»<sup>33</sup>. Y como un signo fuerte de que el camino abierto continúa, en la misma Carta Apostólica, el Papa Francisco anunció la convocatoria a una *Jornada Mundial de los pobres*. Hace apenas un mes se dio a conocer un mensaje que anticipa la naturaleza y finalidad de la iniciativa. Con el lema: «No amemos de palabra sino con obras» (cfr. *1 Jn* 3,18), los pobres llaman a la puerta de la Iglesia samaritana y es por eso que el Papa nos invita «a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad»<sup>34</sup>. ¡Ya tenemos que organizarnos para hacer un eco y acompañar la invitación pontificia!

Cotidianamente la Iglesia orante nos ofrece un encuentro con el Dios paciente y misericordioso en el persuasivo lenguaje de los salmos. Cuando los rezamos nos convertimos en mendicantes de la misericordia. La misma Eucaristía diaria nos pone frente al memorial perenne que instituyó Jesús en la Última Cena y primera eucaristía, mientras cantaba los salmos (*hallel*) con los que alababa a su Padre Dios «porque es eterna su misericordia» (Salmo 136). La comunión de los Santos, como la memoria que celebramos hoy, San Camilo de Lellis, un gigante de la misericordia, dedicado a los enfermos –los más pobres entre los pobres–, nos recuerda la vocación bautismal a la santidad por el bello y verdadero sendero del servicio al prójimo. Por la tarde, como el obrero de la última hora, nos encontramos con la inmerecida y gratuita recompensa de la jornada, con la ternura de la Madre, que nos sigue diciendo que a pesar de todo Dios no interrumpe su historia con el hombre, sino que «su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que le temen» (*Lc* 1, 50).

En Buenos Aires, 14 de julio de 2017.

✠Mario Aurelio Cardenal Poli

---

<sup>31</sup> *Ídem*, 21.

<sup>32</sup> *Ídem*, 20.

<sup>33</sup> *Ídem*, 21.

<sup>34</sup> Mensaje del Santo Padre Francisco, I Jornada Mundial de los pobres, Domingo XXXIII del tiempo ordinario, 19 de noviembre de 2017. (Vaticano, 13 de junio de 2017, Memoria de San Antonio Abad).